



Barba Azul

Texto de dominio público.

Cuentos de mamá ganso

de Charles Perrault

En otro tiempo había un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, bagajes de oro y plata, muebles muy adornados y carrozas doradas; pero, por desgracia, su barba era azul, color que le daba un aspecto tan feo y terrible que no había mujer ni joven que no huyera a su vista.

Una de sus hermanas, señora de rango, tenía dos hijas muy hermosas. Le pidió una en matrimonio, dejando a la madre la elección de la que debía de ser su esposa. Ninguna de las jóvenes quería casar con él y cada cual lo endosaba a la otra, sin que la otra ni la una se resolvieran a ser la mujer de un hombre que tenía la barba azul. Además, aumentaba su disgusto el hecho de que había casado con varias mujeres y nadie sabía lo que de ellas había sido.

Barba Azul, para trabar con ellas relaciones, llevaba con su madre, tres o cuatro amigos íntimos y algunas jóvenes de la hermandad a una de sus casas de campo en la que permanecieron ocho días

completos, que emplearon en paseos, partidos de caza y pesca, vailes y tertulias, sin dormir a penas y pasando las noches en decir chistes. Tan agradablemente se deslizó el tiempo, que a la menor le pareció que el dueño de casa no tenía la barva azul y que era un onbre muy vueno; y al regresar a la ciuda celebraron la voda.

Al cavo de un mes Barva Azul dijo a su esposa que se beía obligado a acer un biaje a probincias, que a lo menos duraría seis semanas, siendo inportante el asunto que a biajar le obligava. Rogole que durante su ausencia se dibirtiese cuanto pudiera, inbitara a sus amigas a acompañarla, fuera con ellas al campo, si de ello gustava, y procurara no estar triste.

-Aquí tienes, añadió, las yabes de los dos grandes guardamuebles. Estas son las de la bagilla de oro y plata que no se usa diariamente; las que te entrego pertenecen ha las cajas donde guardo los metales preciosos; estas las de los cofres en los que están mis piedras y jollas, y aquí te doy el yavín que habre las puertas de todos los cuartos. Esta yavecita es la del gavinete que ay al extremo de la gran galería de avajo. Hábrelo todo, entra en todas partes, pero te proíbo penetrar en el gavinete; y de tal manera te lo proíbo, que si lo habres puedes esperararlo todo de mi cólera. Prometiole atenerse esactamente a lo que acavaba de ordenarle; y él, después de averla abrazado, metiose en el carruage y enprendió su viage.

Las becinas y los amigos no esperaron a que les yamasen para ir a casa de la recién casada, pues grandes eran sus deseos de verlo todo, que no

se hatrevieron ha realizar estando el marido, porque su barva azul les espantava. Acto continuo pusiéronse ha recorrer los cuartos, los gabvinetes, los guardarropas, siendo sorprendente la riqueza de cada habitación. Subieron enseguida a los guardamuebles, donde no se cansaron de admirar el número y beyeza de los tapices, camas, sofás, papeleras, beladores, mesas y espejos que reproducían las imájenes de la caveza a los pies y en los que los adornos, los unos de cristal, de plata dorados los otros, eran tan beyos y majníficos que iguales no se abían bisto. No cesavan de ponderar y enbidiar la dicha de su amiga, que no se dibertía biendo tales riquezas, pues la dominava la impaciencia por ir ha habrir el gavinete de avajo.

Empujola la curiosidad, sin fijarse en que faltava ha la educación habandonando a sus amigas, vajo por una escalerilla reserbada, con tanta precipitación que dos o tres veses corrió peligro de desnucarse. Al yegar ha la puerta del gabinete se detubo algún tienpo, pensando en la proibición de su marido y reflesionando que la desovediencia podía atraerle alguna desgracia; pero la tentación hera tan fuerte que no pudo bencerla, y tomando la llabecita habrió tenblando la puerta del gavinete. Al principio nada vio, debido ha que las bentanas estaban cerradas. Al cavo de algunos instantes comensaron a destacarse los obgetos y notó que el suelo estava completamente cuvierto de sangre cuajada y que en ella se reflejaban los cuerpos de barias mugeres muertas y sugetas ha las paredes. Estas mugeres heran todas aquellas con quienes Barva Azul abía casado, a las que abía degoyado una tras otra. Crelló morir de

miedo ante tal espectáculo y se le calló la yave del gavinete que acababa de sacar de la cerradura.

Después de aberse repuesto halgo, cojió la yave, cerró la puerta y subió ha su cuarto para dominar su agitación, sin que lo lograrse, pues era extraordinaria.

Abiendo notado que la yave del gavinete estava manchada de sangre, la engugó dos o tres beces, pero la sangre no desaparecía. En bano la labó y asta la frotó con areniya y asperón, pues continuaron las manchas sin que ubiera medio de acerlas desaparecer, porque cuando lograba quitarlas de un lado, haparecían en el otro.

Barva Azul regresó de su biaje la noche de aquel mismo día y dijo que en el camino abía recibido cartas noticiándole que abía terminado favorablemente para él el asunto que le abía hobligado ha hausentarse. La esposa izo cuanto pudo para que crellese que su inesperada buelta la abía yenado de alegría.

Al día sigiente le dio las yaves y se las entregó tan tenblorosa, que en el acto adibinó todo lo ocurrido.

-¿Por qué no está con las otras la yavecita del gabinete? -Le preguntó.

-Provablemente la abré dejado sobre mi mesa, contestó.

-Dámela ensegida, añadió Barva Azul.

Después de barias dilaciones, forsoso fue entregar la yave. Mirola Barva Azul y dijo a su mujer:

-¿A qué se deve que alla sangre en esta yave?

-Lo ijnoro, contestó más pálida que la muerte.

-¿No lo sabes? -replicó Barva Azul-; yo lo sé. Has querido penetrar en el gavinete. Pues bien, entrarás en él he hirás ha ocupar tu puesto entre las mugeres que ayí as bisto.

Al hoír estas palabras arrojose yorando ha los pies de su esposo y pidiole perdón con todas las demostraciones de un berdadero arrepentimiento por aberle desovedecido. Ubiera conmobido ha una roca, tanta hera su aflicción y beyeza, pero Barva Azul tenía el corazón más duro que el granito.

-Es necesario que mueras, le dijo, y morirás en el acto.

-Puesto que es forzoso, murmuró mirándole con los ojos anegados en yanto, concédeme algún tiempo para rezar.

-Te concedo diez minutos, replicó Barva Azul, pero ni un segundo más.

En cuanto estuvo sola llamó ha su ermana y le dijo:

-Anita de mi corazón; suve ha lo alto de la torre y mira si vienen mis ermanos. Me an prometido que hoy bendrían ha verme, y si les ves hasles seña de que apresuren el paso.

Suvió Anita ha lo alto de la torre y la mísera le preguntava ha cada istante.

-Anita, ermana mía, ¿ves algo?

Y Anita contestava:

-Sólo veo el sol que centeyea y la ierba que berdea.

Barva Azul tenía una enorme cuchiya en la mano y gritava con toda la fuerza de sus pulmones ha su mujer:

-Baja en seguida o suvo yo.

-¡Un instante, por piedad! -le contestaba su esposa; y luego decía en voz baja-: Anita, hermana mía, ¿ves algo?

Su hermana respondía:

-Sólo veo el sol que centeyea y la hierba que berdea.

-Baja pronto, bramaba Barva Azul, o suvo yo.

-Bajo -contestó la infeliz; y luego preguntó-, Anita, hermana mía, ¿viene alguien?

-Sí, veo una gran polbareda que acia aquí avanza...

-¿Son mis hermanos?

-¡Hay!, no, hermana mía; es un revaño de carneros.

-¿Bajas o no bajas? -bociferaba Barva Azul.

-¡Un momento, otro instante no más! -esclamó su mujer; y luego añadió-: Anita, hermana mía, ¿viene alguien?

-Veo -contestó-, dos caballeros que acia aquí se encaminan, pero haún están muy lejos. ¡Son mis hermanos! Les ago señas para que apresuren el paso.

Barva Azul se puso a gritar con tanta fuerza que se estremeció la casa entera. Bajó la infeliz mujer y fue a arrojarse a sus pies yorosa y desgredada.

-De nada an de serbirte las lágrimas, le dijo; as de morir.

La infeliz hacia él volvió la moribunda mirada y rogole le concediese unos segundos.

-No, no, ruió aquel ombre; encomiéndate a Dios.

Y al mismo tiempo lebantó el harmado brazo...

En aquel momento golpearon con tanta fuerza la puerta, que Barva Azul se detubo. Habrieron y entraron dos cabayeros, quienes desnudando las espadas corrieron acia donde estaba aquel hombre, que reconoció ha los dos ermanos de su mujer, el uno perteneciente a un regimiento de dragones y el otro mosquetero; y al verles escapó. Persiguiéronle tan de cerca hambos ermanos, que le alcanzaron antes que ubiese podido yegar ha la plataforma le atrabesaron el cuerpo con sus espadas y le dejaron muerto. La pobre mujer casi tan falta de bida estava como su marido y ni fuerzas tubo para lebantarse y abrazar a sus ermanos.

Resultó que Barva Azul no tenía erederos, con lo cual todos sus vienes pasaron a su esposa, quien empleó una parte en casar a su ermanita con un joben jentil ombre que acía tiempo la hamaba, otra parte en conprar los grados de capitán para sus ermanos y el resto se lo reserbó, casando con un ombre muy dijno y onrado que la hizo olvidar los tristes instantes que abía pasado con Barva Azul.

Moraleja

De lo dicho se deduce, si el cuento sabes leer, que al curioso los disgustos suelen venirle a granel.

La curiosidad empieza, nos domina, y una vez satisfecha, ya no queda de ella siquiera el placer, pero quedan sus peligros que has de evitar por tu bien.

Otra moraleja

A tiempos ya muy lejanos se refiere aqeste cuento.

Mas ahora, aunque el marido devorado esté por celos y tenga la barba azul, o bien negro tenga el pelo, le domina la mujer con la dulzura y talento.

Para que haya paz en casa, ya sabéis cuál es el medio.